

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JOSÉ ANTONIO LÓPEZ NEVOT

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO NUMERARIO

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON MIGUEL ARNAS CORONADO

ACTO CELEBRADO EN LA SALA
DE LOS CABALLEROS XXIV
DEL PALACIO DE LA MADRAZA
EL DÍA 11 DE DICIEMBRE DE 2017

GRANADA

MMXVII

Esta publicación ha contado con una subvención de la
Consejería de Economía y Conocimiento
de la Junta de Andalucía.



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>
Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada
Depósito Legal: Gr-1572-2017

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ ANTONIO LÓPEZ NEVOT

Oficio de historiador,
oficio de narrador

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos,
Excmo. Sr. Decano de la Facultad de Derecho,
Señoras y Señores, amigos todos:

El lugar que acoge la celebración de esta solemnidad académica, la *Sala de los Caballeros XXIV*, reviste para quien les habla un significado especial. Desde 1500, esta sala de la Madraza fue el escenario donde los regidores o veinticuatro de Granada ejercieron el gobierno cotidiano de su república, tema al que dediqué mi tesis doctoral. Se comprenderá la doble emoción que me embarga: ingresar en la Academia de Buenas Letras de Granada, que me honra con su elección, y pronunciar mi Discurso en el mismo recinto mudéjar donde los antiguos regidores eran admitidos al uso de sus oficios. Tal vez no haya sido ocioso dedicar unas palabras iniciales a la evocación del pasado, pues la Historia habrá de ser, en buena medida, el *leitmotiv* de mi Discurso.

Mis primeras lecturas serias fueron libros de Historia. Los leía en casa de mi abuela materna, quien había heredado la biblioteca de su tío Modesto López Iriarte, canónigo magistral de la Catedral de Granada, conocido por su elocuencia ultramontana y, sobre todo, por haber oficiado en el verano de 1907 una misa al pie del Veleta. En la biblioteca del magistral figuraban, junto a manuales de predicadores y tratados de teología, algunos libros de Historia. Recuerdo sobre todo una *Historia de las Inquisiciones*, cuyos truculentos grabados excitaban la imaginación del imberbe y ávido lector. Aquellas tempranas lecturas debieron sin duda dejar huella en mis esbozos literarios, narraciones ambientadas en un pasado lejano, vale decir, relatos históricos.

En la adolescencia fue afirmándose en mí la vocación de escritor, sin que desmayara un ápice mi pasión por la Historia. Por alguna extraña razón, me fascinaba la historia de Hungría, y, después de las clases vespertinas en el Colegio de los Escolapios, solía acudir a la Biblioteca del Salón, en demanda de noticias sobre la corte humanista de Matías Corvino, o la muerte de Luis II, ahogado bajo el peso de su armadura en las ciénagas de Mohács. La Historia era entonces para mí una forma de evasión del presente. A la edad de veintiún años decidí emprender la composición de una novela ambientada en el otoño de la Edad Media, que aún no he concluido y me temo nunca logre concluir. Me guardaré de revelar la identidad del protagonista, por si alguna vez decido resucitar el proyecto abandonado, pero quienes me conocen bien saben a qué personaje me refiero. Sólo declararé que se trata de un célebre poeta del siglo XV, quien narra su peripecia vital en primera persona. Durante años me demoré acopiando documentos, surcando mares de crónicas, reconstruyendo con minuciosidad arqueológica el lenguaje y el estilo del poeta. Como suele decirse, sentía más atracción por la travesía que por la arribada a puerto. Pero el tiempo discurría y la novela *in fieri* no progresaba. Llegué a identificarme con un desdichado personaje de *Los ídolos*, de Manuel Mujica Láinez, un tal Sebastián, autor de *Jehanne*, una novela imposible sobre la Doncella de Orléans. Al final, acuciado por las dudas y las vacilaciones, desistí del laborioso empeño. ¿Me aquejó acaso el *mal de Bartleby*, convirtiéndome en un escritor del silencio y la renuncia? Tal vez. Pero creo más bien que la erudición histórica sofocó la creación literaria, que el historiador en ciernes impidió crecer al novelista.

Las siguientes reflexiones versan justamente sobre la compleja relación entre Historia y narración literaria. Desde la Antigüedad clásica y hasta el Siglo de las Luces, la Historia fue concebida como narración, no como ciencia. En su *Poética*, Aristóteles parangonaba el oficio de historiador con el de poeta, afirmando que la poesía es más elevada que la Historia, pues la poesía canta lo universal, y la Historia, lo particular. La Historia era un género literario, aunque un género literario *sui generis*, pues narraba o pretendía narrar acontecimientos verdaderos, a menudo con un designio didáctico o moralizador. En el prólogo a la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Tucídides se preciaba de narrar hechos reales, a diferencia de los logógrafos, «más atentos a cautivar a su auditorio que a la verdad, pues son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito».

No siempre los historiadores consignaron la verdad desnuda. Las crónicas medievales se nutrieron a la vez de historia y ficción, dispensando acogida a las fuentes épicas, sin discriminar lo histórico de lo legendario. Si las obras iniciadas en el *scriptorium* de Alfonso X el Sabio, como la *Primera Crónica General*, ya se habían hecho eco de los cantares de gesta, durante el reinado de su sucesor, Sancho IV el Bravo, la historiografía castellana adquirió textura novelesca. Los historiadores ulteriores abandonaron la aspiración universalista del Rey Sabio para describir fielmente reinados o personajes particulares, cultivando una prosa de depurado sentido artístico. Pensemos en las *Crónicas* del canciller Pero López de Ayala, las *Generaciones y semblanzas*, de su sobrino Fernán Pérez de Guzmán, los *Claros varones de Castilla*, de Hernando del Pulgar, o

El Victorial, de Gutierre Díaz de Games, a medio camino entre la biografía y la novela de caballerías.

Por aquel entonces, junto a los libros de Historia propiamente dichos menudeaban textos de pura invención literaria, pero que comparecían bajo el ropaje de historias o crónicas verdaderas: así, los romances, las novelas de asunto histórico y los mentados libros de caballerías. El público lector se deleitaba por igual con unos y otros libros, sin discernir la verdad de la mentira, lo que provocaba la indignación de los auténticos historiadores. En el prólogo a sus *Generaciones y semblanzas*, Fernán Pérez de Guzmán asegura que una de las razones por las cuales las crónicas e historias eran consideradas sospechosas e indignas de fe y autoridad, residía en el hecho de que algunos hombres desvergonzados se entrometían a escribir antigüedades, complaciéndose más en relatar cosas extrañas y maravillosas que verdaderas y ciertas, «como en nuestros tiempos fizo un liviano e presuntuoso hombre, llamado Pedro de Corral, en una que se llamó Corónica Serrazina (otros la llamaban del rey Rodrigo), que más propiamente se puede llamar trufa o mentira paladina».

En los siglos modernos, los historiadores adoptaron como método expositivo la *imitatio* de los clásicos griegos y, sobre todo, romanos. Emulaban a Salustio, Tito Livio o Tácito, urdiendo forzadas analogías y continuidades entre el pasado romano y su propio presente. Conocida es la influencia de Tácito sobre Diego Hurtado de Mendoza, Francisco de Moncada o Francisco Manuel de Melo. La Historia seguía siendo un género literario, no una ciencia. El padre Juan de Mariana consideraba los romances como fuente histórica digna de crédito, mientras que el granadi-

no Francisco Bermúdez de Pedraza se valía de los falsos cronicones y aceptaba la autenticidad de los hallazgos de la Torre Turpiana o Valparaíso. Por otra parte, los grandes escritores auriseculares no desdeñaron escribir páginas de historia, ni convertirse en historiadores de oficio: Quevedo glosó a Plutarco en *Vida de Marco Bruto*, y compuso *Grandes anales de quince días*, mientras que Lope de Vega aspiró —en vano— al oficio de cronista mayor de las Indias.

El descubrimiento, conquista y colonización de América suscitaron la aparición de un frondoso género, las crónicas de Indias. Para Josep Fontana, los cronistas de Indias «pudieron haber sido los logógrafos de una historiografía española renovada». Sin embargo, Trevor Dadson llegó a la conclusión de que en la España del Siglo de Oro, las crónicas de Indias y los libros de caballerías se leyeron como géneros intercambiables. Más aun, la lectura de los libros de caballerías pudo inspirar las acciones protagonizadas por los conquistadores de Indias, ansiosos de emular las hazañas novelescas. Reparemos en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Su autor, Bernal Díaz del Castillo, había nacido hacia 1495 en Medina del Campo, de cuyo cabildo era regidor su padre, pero también Garcí Rodríguez de Montalvo, refundidor y editor del *Amadís de Gaula*. Díaz del Castillo debió ser un temprano y maravillado lector de la novela, pues cuando en su *Historia verdadera* describe la ciudad de México, asegura que «nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís*». La confusión entre realidad histórica y ficción novelesca propia de la época queda testimoniada también en el capítulo XXXII de la primera parte del

Quijote: el ventero, dispuesto a permitir que el cura y el barbero arrojasen al fuego, si era necesario, la *Historia del Gran Capitán*, se negaba a que hiciesen lo propio con los libros de Felixmarte de Hircania y don Cirongilio de Tracia, en cuyas fantásticas hazañas creía a pie juntillas.

Los ilustrados franceses defendieron un concepto de historia crítica y racionalista, más interesada en comprender las distintas sociedades, sus costumbres y formas de gobierno, que en narrar acontecimientos. Para Voltaire, la cronología y las sucesiones de los reyes eran la guía, no el objeto de su trabajo como historiador. Según afirmaba Gabriel Bonnot de Mably, la misión del historiador no consiste en «coser unos hechos a otros hechos y contarlos con amenidad», sino en «descubrir las causas de los acontecimientos y la cadena que los enlaza». La Historia podía así aspirar a convertirse en una ciencia explicativa del progreso humano.

La reacción historicista llegaría en el siglo XIX, cuando el alemán Leopold von Ranke volvió a concebir la Historia como narración de acontecimientos individuales. Para Ranke, el principio que rige la Historia no es el progreso, sino Dios. Dentro del orden divino de las cosas, ocupan un lugar privilegiado los grandes hombres, cuya actividad se despliega a través de las naciones, encarnadas en los Estados, los sujetos históricos por excelencia. De ahí que la Historia rankeana sea un discurso narrativo sobre los Estados y las relaciones, diplomáticas o bélicas, que mantienen entre sí.

Tomás y Valiente llamó la atención sobre el hecho de que Ranke y otros grandes historiadores del Ochocientos, como Michelet y Fustel de Coulanges, tuvieron en común

el «talento literario, la calidad artística de sus obras en el aspecto narrativo». Hayden White ha afirmado que la forma de escribir historia de Ranke seguía el esquema de la comedia, según un «movimiento ternario [...] desde una situación de paz aparente, pasando por la manifestación de un conflicto hasta llegar a su resolución mediante el establecimiento de un orden social auténticamente pacífico».

No es casual que la novela histórica nazca precisamente en el siglo XIX, el denominado «siglo de la historia». En un ambiente cultural presidido por el romanticismo, los novelistas se dejaron influir por las tesis de los historiadores y, a la inversa, los historiadores tomaron a préstamo los recursos literarios puestos en boga por los novelistas. En Francia, Prosper de Barante, admirador confeso de Walter Scott, y autor de una *Historia de los duques de Borgoña de la casa de Valois* (1824-1826), aplicó a la historia medieval los procedimientos narrativos popularizados por el escritor escocés.

Algunos prestigiosos historiadores alemanes, como Johann Gustav Droysen, dieron la voz de alarma, denunciando la fatalidad que había supuesto para su ciencia ser considerada como una parte de las bellas letras, y el hecho de que el público no quedara satisfecho si no leía un libro de Historia como si se tratase de una novela.

La Historia narrativa vivió un momento cumbre en Alemania con la publicación de la *Historia de Roma* (1854-1856) de Theodor Mommsen, obra que valió a su autor la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1902. La personalidad intelectual de Mommsen ha sido a menudo comparada con la de Ranke. Sin embargo, Mommsen aventaja a Ranke como narrador. Refiriéndose a la *Historia*

de Roma, Adolf Harnak afirmó que «todo lo que hay en Mommsen, además del historiador (esto es, el filólogo, el jurista, el político y, en no menor grado, el poeta) se aúna armoniosamente en esta obra».

A fines del siglo XIX, Benedetto Croce publicó un ensayo titulado significativamente *La Historia reducida bajo el concepto general del Arte* (1893). En sus páginas, el filósofo italiano identificaba el arte con la visión intuitiva de la individualidad. El arte es el conocimiento de lo individual. Por el contrario, la ciencia es conocimiento de lo general. Ahora bien, la Historia se ocupa de hechos individuales, y «no tiene más que un deber: narrar hechos». Historia y arte son la misma cosa, la intuición y representación de lo individual. La diferencia estriba en que el arte en general representa o narra lo posible, mientras que la Historia representa o narra lo acontecido realmente.

Tres años después, un escritor francés, Marcel Schwob, se pronunciaba también sobre las relaciones entre Historia y arte, en un sentido diametralmente opuesto al de Croce. En el prólogo a sus *Vidas imaginarias* (1896), Schwob afirmaba que la Historia se ocupa de los hechos individuales sólo en la medida en que influyen sobre los acontecimientos generales. Sin embargo, «el arte es lo contrario de las ideas generales, describe sólo lo individual, no desea sino lo único. [...] Las ideas de los grandes hombres son patrimonio de la humanidad; lo único que cada uno de ellos poseyó realmente fueron sus rarezas. El libro que describiera a un hombre con todas sus anomalías sería una obra de arte similar a una estampa japonesa en la cual se ve eternamente la imagen de una pequeña oruga vista una vez a una hora particular del día».

La aparición en 1929 de la Escuela francesa de los *Annales* provocó el descrédito y el abandono del paradigma historiográfico tradicional, la Historia narrativa. El ataque se dirigió contra la Historia concebida como narración de hechos y acontecimientos presuntamente únicos, singulares e irrepetibles. Para Fernand Braudel, uno de los más conocidos miembros de la Escuela, los acontecimientos son sólo «la espuma de las olas del mar de la historia». Frente a la Historia narrativa y episódica, los historiadores de los *Annales* se interesaron sobre todo por los fenómenos de larga duración en el tiempo, por las estructuras sociales y las continuidades, desembocando a veces en una Historia cuantitativa o *cliométrica*.

En consecuencia, la Historia, emancipada de la narración, se disolvió en el análisis de las estructuras. Al mismo tiempo, el lenguaje de los historiadores se convirtió en un galimatías incomprensible para el lector profano en la materia, al contaminarse del vocabulario científico de la economía, la sociología, la antropología o la psicología.

Pero la Historia no es inmune al imperio de las modas, que suelen retornar cíclicamente. Los años setenta contemplaron el renacimiento de la Historia narrativa. Una forma peculiar de Historia narrativa es la llamada microhistoria, cultivada sobre todo en Italia: el historiador reduce su escala de observación para analizar de modo intensivo acontecimientos sociales o individuales aislados, dedicando minuciosa atención al relato. En la microhistoria, las fronteras entre historia y novela son tan lábiles que Josep Fontana ha llegado a calificarla, algo despectivamente, de «género histórico-literario». Puede hablarse también de una «Historia desde abajo», interesada, no por los grandes hechos

y personajes del pasado, como la historiografía tradicional, sino por la experiencia cotidiana de humildes desconocidos, rescatándola del olvido. Tiempo atrás, algunos escritores ya habían criticado la concepción de la Historia entendida como descripción de la actividad de los individuos que supuestamente guían a la Humanidad, ora sean héroes, ora gobernantes. En el epílogo a *Guerra y paz*, Tolstói afirma que «mientras se siga escribiendo la historia de personajes, sea la de César o Alejandro, la de Lutero o Voltaire, y no la historia de *todos* sin excepción, la de *todos* los hombres que han participado en el acontecimiento, es imposible no atribuir a determinados personajes las fuerzas que obligan a los hombres a dirigir sus actividades hacia una meta». En 1936, Bertolt Brecht, después de escribir «Felipe II lloró al hundirse su armada», se preguntaba: «¿No lloró nadie más?».

Retorno a la narración, sí. Pero, ¿retorno a la narración convencional? En otras palabras, ¿deberían los historiadores permanecer fieles a las formas del relato tradicional, o, por el contrario, emular a los escritores e inspirarse en las tendencias de la literatura contemporánea? Algunas voces críticas han acusado a los historiadores de ignorar las técnicas y recursos narrativos de su propia época, y de seguir inmersos en el realismo decimonónico. Una excepción sería la representada por Golo Mann, hijo del novelista Thomas Mann, quien en su biografía de Wallenstein, el célebre *condottiere* de la Guerra de los Treinta Años, se sirvió de una técnica similar al monólogo interior, procedimiento narrativo empleado por su padre en *Carlota en Weimar*. En ese sentido, Peter Burke ha sugerido la posibilidad de que los historiadores adopten algunas innovaciones literarias,

tales como la narración hacia atrás o desde perspectivas cambiantes (narración polifónica), la visibilidad del autor en el relato, y la presencia de finales alternativos, abiertos, que permitan al lector llegar a sus propias conclusiones. Giovanni Levi ha puesto de manifiesto que, en la microhistoria, la voz del investigador forma parte intrínseca de la narración, sin ocultar al lector el proceso de investigación, las limitaciones documentales, las hipótesis y las líneas de pensamiento, siguiendo una técnica no muy distinta a la adoptada por Henry James en su novela *En la jaula*.

En un breve y esclarecedor ensayo, Bertrand Russell volvió a reivindicar la «historia como arte». Para Russell, no cabe duda de que la Historia es, a la par, ciencia y arte. En la medida en que la Historia no se escribe sólo para los historiadores, sino que forma parte esencial del acervo intelectual de cualquier persona culta, debe interesar a quienes la leen con la misma disposición con que se lee la poesía o las buenas novelas. Para ello es indispensable que el historiador se apasione por los acontecimientos que narra o los caracteres que describe, y no se abstenga de tomar partido en el drama de la historia. Si ello ocasiona la unilateralidad de algún historiador, el remedio consiste en buscar un segundo historiador que se halle aquejado del prejuicio opuesto al del primero. Russell rechaza así la pretendida —y falaz— objetividad del historiador, proponiendo una lectura de la Historia fundada en la confrontación de puntos de vista opuestos. Pero también es necesario, prosigue Russell, que el historiador posea talento literario, es decir, estilo, entendido como dicción y ritmo, y que componga los hechos con la unidad de un esquema, a la manera de una obra dramática. En opinión

del filósofo británico, el interés del lector común por la Historia había decaído en el siglo XX, entre otras causas, por el declive en el arte de escribirla con gran estilo, que era solamente un aspecto de la decadencia en el arte de escribir grandes libros.

La calidad artística de un libro de Historia es la mejor garantía de su permanencia. Jorge Luis Borges conjeturaba que *La Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon, no se vería afectada por las vicisitudes del porvenir, gracias a la concurrencia de dos causas: «la primera, y quizá la más importante, es de orden estético; estriba en el encanto, que, según Stevenson, es la imprescindible y esencial virtud de la literatura. La otra razón estribaría en el hecho, acaso melancólico, de que al cabo del tiempo, el historiador se convierte en historia y no sólo nos importa saber cómo era el campamento de Atila, sino cómo podía imaginárselo un caballero inglés del siglo XVIII».

Como ha puesto de relieve Michael Stolleis, el discurso histórico aparece inextricablemente unido al lenguaje. Toda situación histórica existe como lenguaje y sólo a través del lenguaje puede hacerse comprensible. De ahí que las fronteras entre Historia y creación literaria hayan de resultar fluidas, permeables. Historiadores y escritores elaboran un texto de imaginación partiendo del material de la memoria y con el lenguaje como instrumento. Les resulta común la creación o reconstrucción lingüística de un tiempo pasado. A juicio de Stolleis, «quienes escriben la Historia y quienes narran historias son hermanos de espíritu». El historiador sería sólo una especie erudita y sometida a reglas metodológicas especiales dentro del género *escritor*. Quizá el

escritor sea más convincente y sugestivo, mientras que el historiador resulta más fiable cuando se trata de desarticular leyendas y descubrir falsas atribuciones.

Sin embargo, las discordancias interpretativas entre historiadores y escritores son inevitables. En el prólogo a la segunda edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Karl Marx criticó a Víctor Hugo, autor de un libelo sobre el mismo episodio (*Napoleón el Pequeño*), por haberse limitado a una amarga e ingeniosa invectiva contra el responsable del golpe de Estado, sin advertir que engrandecía su figura en lugar de empequeñecerla, atribuyéndole un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal. *A contrario sensu*, Tolstói hallaba en los historiadores de la época novelada en *Guerra y paz* —Thiers, Mijailovsky-Danilevski—, «una especial forma de lenguaje ampuloso, en la que, con frecuencia, la falsía y alteración de los hechos se extienden no sólo a los acontecimientos, sino incluso a la comprensión de su significado».

La permeabilidad entre géneros se hace especialmente visible en las novelas autobiográficas y en aquellas obras de ficción pobladas de nombres reales o de personajes inspirados en hombres y mujeres de carne y hueso. La confusión, los equívocos entre realidad y ficción pueden llegar incluso a vulnerar en algunos casos el derecho al honor, a la intimidad y a la propia imagen. En 1936 y en Ámsterdam, Klaus Mann, hijo mayor de Thomas, publicó *Mephisto*, novela inspirada en un modelo real, el actor Gustaf Gründgens, quien, después de intervenir en películas como *M, el vampiro de Düsseldorf*, de Fritz Lang, llegó a ser Director del Teatro Nacional del Estado Prusiano bajo el Tercer Reich. Gründgens había sido amante de Klaus

Mann y marido de su hermana Erika. Aunque en la novela Gründgens aparecía camuflado bajo el nombre supuesto de Hendrik Höfgen, era fácilmente reconocible para el lector alemán. *Mephisto* no fue publicada en Alemania hasta 1956 —en Berlín—, cuando ya se había suicidado Klaus Mann, y desencadenó una serie de sonados procesos judiciales, por considerarse que la personalidad de Gründgens había sido denigrada ante la opinión pública.

Las memorias, los diarios, las biografías y las autobiografías se emplazan también en un espacio fronterizo. A despecho del tópico, la literatura memorialista ha sido un género muy frecuentado en España; no sólo por reyes, políticos y escritores, sino también por personas anónimas, artífices de la llamada autobiografía popular. Las memorias han interesado siempre a los historiadores como fuente de conocimiento del pasado, pues narran hechos conocidos o vividos en primera persona por sus autores. Ahora bien, cabría preguntarse hasta qué punto los testigos oculares de un acontecimiento perciben su significación histórica, pues carecen de la perspectiva necesaria para comprenderlo. Se asemejan a Fabrizio del Dongo perdido en la batalla de Waterloo.

A veces, el escritor acude al uso consciente del pasado como materia novelable, con la intención de recrear la fisonomía de un modo de vida pretérito. Surge entonces la novela histórica. A mi juicio, toda novela es histórica, pues entre los hechos (reales o ficticios) y el momento de su narración, siempre media una distancia temporal. Escribimos sobre una experiencia más o menos reciente, más o menos lejana. El mismo acto de escribir se inserta en un tiempo histórico. Ahora bien, cuando hablamos de

novela histórica *stricto sensu* nos referimos al género literario inaugurado por Walter Scott a comienzos del siglo XIX. *Waverley*, la primera novela del escritor escocés, se publicó en 1814, coincidiendo con el ocaso de la Europa napoleónica y los albores de la Restauración. El prestigio alcanzado por Scott en su época queda testimoniado por la convicción de que sus novelas recreaban con mayor fidelidad la historia de Inglaterra y Escocia que las obras de los historiadores profesionales. Tiempo después, György Lukács llegó a escribir: «lo que [...] Marx y Engels elaboraron y probaron con lucidez teórica e histórica, en las mejores novelas históricas de Walter Scott se ofrece vívidamente bajo forma poética».

La pujanza actual de la novela histórica es incuestionable. En España se publican novelas de asunto histórico al ritmo marcado por las efemérides nacionales. A título de ejemplo, pensemos en las recientes novelas sobre la Guerra de la Independencia. Por no hablar de ese subgénero bastardo, plagado de misterios, profecías, códigos secretos y teorías conspirativas, cuyos edulcorados frutos devora con fervor el gran público, creyendo que lee Historia, como sucedía en el siglo XVI con las peores novelas de caballerías. La novela histórica suscita reservas justificadas. Advirtamos sobre algunos peligros que amenazan el género.

No hay dificultad alguna en afirmar, con Benedetto Croce, que toda Historia es Historia contemporánea. Cada nueva generación reescribe la historia a su modo, formulando preguntas al pasado para interpretar y comprender realidades e inquietudes del presente. Ahora bien, debe evitarse el *presentismo*, la proyección hacia el pasado de los valores, los prejuicios y las representaciones mentales

de nuestro tiempo, buscando falsas analogías entre el ayer y el hoy. No debe incurrirse en los anacronismos, incluido el anacronismo psicológico, «la hipótesis de que las personas del pasado pensaban y sentían lo mismo que nosotros» (Burke). Tales exigencias metodológicas vinculan, desde luego, a los historiadores de oficio. Pero, ¿deberían vincular también a los autores de novela histórica? Según Azorín, uno de los escollos capitales del género es reconstruir la psicología de los personajes: «un peligro estará en creer que la naturaleza humana ha cambiado fundamentalmente en el espacio de dos siglos, otro, no menos grave, en juzgar que no ha cambiado en casi nada». Walter Scott procuraba transitar por ese extenso terreno neutral, constituido por la gran proporción de costumbres y sentimientos comunes a nosotros y a nuestros antepasados. Tales cautelas no impiden que algunos cultivadores de novela histórica, por descuido o ignorancia, incurran en flagrantes anacronismos que ofenden la inteligencia de cualquier lector de mediana cultura. Sin embargo, para Amado Alonso, la infidelidad histórica no era un defecto, sino un carácter constitutivo del género: no puede exigirse a los autores de novela histórica el funcionamiento veraz de un modo pretérito de vida, sino su visión actual de aquel pretérito vivir. En ese sentido, Lukács se refería al «anacronismo necesario». A mi parecer, la deformación de la realidad histórica únicamente es admisible cuando es deliberada, y el anacronismo persigue una verdad literaria. Así sucede, por ejemplo, en *El último mundo*, del escritor austriaco Christoph Ransmayr.

Las semejanzas entre Historia y creación literaria no deben hacernos olvidar las diferencias que las separan. El conocimiento histórico es riguroso, progresivo y crítico.

La tarea del historiador recuerda la de Penélope: tejer y destejer un velo efímero, nunca definitivo. A diferencia de la literatura de ficción, los frutos de la investigación histórica pueden quedar invalidados por nuevos hallazgos documentales, o por el cambio de los principios en virtud de los cuales se interpretan críticamente los testimonios. Las hipótesis, las teorías y las explicaciones del historiador pueden ser refutadas o desmentidas por erróneas o insuficientes. No ya teorías, sino hechos históricos irrefutables como el Holocausto han sido y son hoy negados por historiadores pretendidamente objetivos.

Y, sin embargo, Historia y narración siguen siendo vasos comunicantes, enriquecidos por la complejidad, variedad y multiplicidad de sus combinaciones. Yo mismo puedo testimoniarlo. Durante años, demasiados, quizá, prescindí de las ficciones, para escribir sólo páginas de Historia. Pero en mi búsqueda de la experiencia del pasado, procuré siempre, en la medida de mis fuerzas, vivificar el relato apelando a su dimensión literaria.

Muchas gracias.

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ NEVOT
(Órgiva —Granada—, 1957)

José Antonio López Nevot es catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones y director del Departamento de Derecho Internacional Privado e Historia del Derecho de la Universidad de Granada.

Ha sido vicedecano de la Facultad de Derecho y miembro de la Comisión Permanente de Doctorado de la Universidad de Granada. En la actualidad es vocal de los Consejos de Redacción del *Anuario de Historia del Derecho Español* (fundado en 1924 por Claudio Sánchez-Albornoz), y de la *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada*, y evaluador externo de la *Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte*, la más prestigiosa revista europea de Historia del Derecho.

Asimismo, es miembro numerario de la Ilustre Sociedad Andaluza de Estudios Histórico-Jurídicos y del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, y vicepresidente del Centro UNESCO de Andalucía. Pertenece al *Institutum Pataphysicum Granatensis*.

Ha sido profesor visitante de las Universidades de Siena, Messina, Würzburg, Regensburg y Freie de Berlín, y dirige el Grupo de Investigación *Justicia y Gobierno en la Historia del Derecho español y europeo*.

Su Tesis Doctoral, dirigida por Benjamín González Alonso, versó sobre *La organización institucional del municipio de Granada durante el siglo XVI (1492-1598)*, y fue publicada en 1994 por la Universidad y el Ayuntamiento de Granada. Posteriormente ha dedicado estudios y monografías a la

Historia del régimen municipal, el Derecho patrimonial familiar (*La aportación marital en la Historia del Derecho castellano*, Universidad de Almería, 1998), el Derecho penal, la literatura jurídica o el régimen señorial. También se ha ocupado de la Historia de la Justicia y, en particular, del estudio de la práctica procesal, línea de investigación a la que dedicó el libro *Práctica de la Real Chancillería de Granada. Estudio Preliminar y edición del manuscrito 309 de la Biblioteca Nacional de Madrid* (Editorial Comares, 2005), donde daba a conocer un manuscrito inédito, redactado a mediados del siglo XVII, al tiempo que precisaba la identidad de su autor, Juan Martínez Lozano, procurador y oficial mayor del secretario del Real Acuerdo de la Audiencia y Chancillería de Granada. En la misma línea se inserta su estudio institucional sobre los procuradores fiscales de las Audiencias y Chancillerías castellanas. Ha prestado también atención a los trabajos recopiladores de Lorenzo Galíndez de Carvajal.

Entre sus estudios dedicados a la Historia de la literatura jurídica destacan «*De Curia Pisana: literatura jurídica y regidores municipales*» —donde se ocupa de la figura de Juan Rodríguez de Pisa, jurista y humanista de origen converso afincado en la Granada del Quinientos, autor de la primera traducción al castellano de las *Duodecim regulae* de Giovanni Pico della Mirandola—, y «Literatura jurídica y tribunales superiores en la Andalucía del Barroco».

En la actualidad, se ocupa de las relaciones entre Derecho y Literatura. En ese sentido, ha redactado el «Estudio preliminar» a *Derecho y literatura*, libro publicado en 1949 por Juan Ossorio Morales, catedrático de Derecho Civil de la Universidad de Granada, y reeditado en versión facsimilar

en 2016 por la Editorial Universidad de Granada, en su colección *Archivum*.

Como escritor, José Antonio López Nevot ha publicado el poemario *Artífice de islas*, Colección Ámbito Literario, Barcelona, 1980, y el libro *Templario y otros relatos*, Ediciones Aljibe, Colección Túbal, Archidona, 1997.

Sus poemas y relatos han sido incluidos en las siguientes antologías y revistas:

Muerte de Mary, transfiguración de Federico y huida de Stanton, poema publicado en *Antología Poética en honor de García Lorca*, Departamento de Literatura Española, Universidad de Granada, 1986, y en *Versos para Federico. Selección de Eduardo Castro*, Editorial Comares, Granada, 1998.

El escoliasta, relato publicado en *Extramuros. Revista Literaria*, Año XII, 2ª Época, 43-44 (marzo-2009).

Firmes propósitos para el verano, relato publicado en *Bloody Mary. Relatos de crimen*, El Defensor de Granada, Granada, 2010.

Águeda de Berganza. Tragedia y memoria de una familia alpujarreña, relato publicado en *Entre Ríos. Revista de Arte y Letras*, 19-20 (Primavera-Verano 2013).

Ubú, Rex Aragonum, relato publicado en *Los Escarbadientes Espirales del Institutum Pataphysicum Granatensis*, 5 (2014).

Ella entró por la ventana del cuarto de baño, relato publicado en *El agua y la palabra. Antología de Relatos. VIII*, Fundación Agua Granada, Ayuntamiento de Granada, 2015.

Matihuelo, relato publicado en *Dolor tan fiero. Relatos para Teresa de Jesús. V Centenario (1515-2015)*, Edición de Ana Morilla Palacios, Port Royal, Granada, 2015.

Desde que partiste, poema en prosa publicado en *Nocturnario. 101 imágenes y 101 escrituras. Collages de Ángel Olgoso*, Prólogo de José María Merino, Editorial Nazari, Granada, 2016.

Dibujo del natural, relato publicado en *Amor con humor se paga*, Edición de Elvira Cámara, Editorial Artificios, Granada, 2017.

Es autor de los siguientes ensayos y artículos de crítica literaria y artística:

«Don Pío y Don Silverio», *Calas. Revista de Literatura del Centro Cultural Generación del 27*, 4 (diciembre de 1998).

«Los clásicos nunca mueren», *Álbum. Letras-Artes*, 93 (Verano 2008).

«Cabaret Voltaire revisited», *Alhucema. Revista Internacional de Teatro y Literatura*, 22 (julio-diciembre de 2009).

«La narrativa de Fernando de Villena: literatura y vida», en *Extramuros. Revista de Letras, Artes y Ciencia*, Época Tercera, 47 (2014).

«*El testigo de los tiempos*, de Fernando de Villena», en Francisco Morales Lomas y Manuel Gahete Jurado (Eds.), *Veinte años de literatura en Andalucía (1994-2014). Los premios Andalucía de la Crítica*, Ediciones Carena, Barcelona, 2014.

Finalmente, ha colaborado con sus textos en la obra de artistas plásticos (Carpeta de grabados *Cuentos y sueños*, Granada, 2003, y *Arquitecturas y paisajes*, de Silvia Abarca, Granada, 2014), e ilustrado con sus dibujos las portadas de varios libros de poesía y narrativa, como los publicados por Fernando de Villena, José Lupiáñez, Juan J. León y Juan Eslava Galán.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON MIGUEL ARNAS CORONADO

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Señoras y Señores Académicos,
Señoras y Señores:

En el ensayo *Sobre el carácter tétrico de la Historia*, entre los que integran *Puerta de tierra*, de Juan Benet, se afirma: “Con la historia se consuela solo aquel que, no teniendo excesiva consideración a la experiencia pasada, se permite creer que toda esa cadena de funestos sucesos ha de tener un fin señalado por el alborar de un tiempo de paz y prosperidad. Eso es lo que vienen a decir todos los manuales colegiales y eso es, justamente, birlar a la historia la única enseñanza consistente que puede suministrar: que la evolución de las sociedades humanas ha sido, es y será una sucesión interminable de tragedias”. Recorro a un novelista, y no a un teórico de la Historia porque es mi debilidad. La Historia es, ciertamente, un “cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia”, hasta ahí nos alcanza el entendimiento, lo que no la priva en absoluto de interés. Ojalá fuera para aprender, aunque parece ser que no es así. Caemos siempre en la misma trampa. Tal vez por eso mismo, lo mejor es no tomársela demasiado a pechos, y como se dice que la ficción es eso, ficción, fantasía, nada serio según los principios actuales de la ciencia, siempre con ínfulas de exacta sea cual sea su especialidad, lo mejor es mezclarla con la narración, con la fábula. Los antiguos ya fueron inteligentes en este asunto, pues la transformaron en mito. La *Iliada* y la *Odisea* no son sino eso: historia devenida mito.

José Antonio López Nevot afirma que desde la antigüedad, la historiografía ha tenido un constante coqueteo con las bellas letras, hasta el extremo de provocar la queja de Johann Gustav Droysen sobre el daño hecho por ese fenómeno de hibridación. Y no obstante, también es cierto que si la Historia no es contada en los manuales y tomos que la ilustran con airosidad suficiente para convertirla en atractiva, sucede como con la persona que, a pesar de ser agraciada, no se arregla ni acicala, de forma

que apenas nadie se la queda mirando. Y de los autores citados por el nuevo académico, Bertrand Russell y Stolleis me dan la razón: sin lenguaje no hay historia y el lenguaje, como el físico de cualquier humano, necesita un cierto oropel, no por fuerza excesivo.

Famosa es la controversia entre Hugh Thomas y Herbert Southworth sobre el exceso, en opinión de este último, de prosa florida en el primero. Sin embargo, el de Thomas fue durante mucho tiempo el libro más leído sobre nuestra Guerra Civil, a despecho de la obra de Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, más izquierdista pero más aburrida, y a pesar de los errores que la tan leída *La guerra civil española* acarrea en sus primeras ediciones.

También María Zambrano entró al debate, aunque en lo que citaré no se atañe a la forma sino al fondo. Asegura que el pueblo nunca está solo sino mal acompañado, que casi es peor. Mas es cierto que el pueblo jamás puede estar solo, pues él puebla ese desierto en el que lo introducen determinados intelectuales para librarse de los fantasmas históricos. De fantasmas, y hasta de fantasmones, está muy bien surtido nuestro país. Y criticando a cierta historiografía dice: “Y esta es justamente la mayor perversión: hacer objeto a lo que como es pueblo es el máximo sujeto de la historia”.

Entre la forma y el fondo navega la Historia en un mar atormentado. Quizá se trate de convocar la calma y tratar de ser más objetivo siendo escrupulosamente subjetivo, como quería Unamuno.

López Nevot es historiador, sí, y nada menos que del Derecho, pero sabe ornar esas historias de la Historia con el atractivo de las Buenas Letras. La afición, como aquí ha confesado, le viene de niño. Ahí es donde se dan las vocaciones, o mejor dicho las aficiones pues el primer sustantivo parece tener una carga indeseada. Mas el desarrollo de esa afición debió requerir voluntad. No basta que algo agrade. Para cultivarlo hacen falta condiciones y ansia de lograr algún objetivo. Es decir trabajo y más trabajo. Combinar unos estudios que son el medio de ganarse la vida con

una afición no es fácil. La mayoría abandona. De ahí el mérito de este historiador cuyas dos caras, cual Jano bifronte, ejercitó hasta el cansancio.

Dice el escritor alemán Ernst Jünger, en su distopía *Heliópolis*, que los juristas deberían ser al tiempo filólogos, para evitar ambigüedades en la redacción de las leyes. Tal vez así impediríamos algunos desatinos que hoy estamos viendo en nuestro país. Aquí tenemos a un jurista filólogo. Filólogo por afición y formación. Y jurista, si bien se dedica a la interpretación y aplicación que las leyes tuvieron en la historia, no al dictado de leyes. Difundir expedientes antiguos cuyo interés histórico es manifiesto ha sido su tarea, pero también rescatar obras de gran rédito casi olvidadas como la escrita por el catedrático de Derecho Civil don Juan Ossorio Morales, *Derecho y literatura*, de cuya edición en facsímil es responsable, además de escribir un enjundioso *Estudio preliminar*, y en la cual se nos habla de cómo se puede conocer lo jurídico en tiempos de los que restan pocos testimonios, en obras literarias como *Antígona*, las *Partidas* de Alfonso X el Sabio, el *Poema de Mío Cid* o *El mercader de Venecia*.

Se ha dicho hasta la saciedad que el pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla. Y, por costumbre, suele repetirse en lo nefasto porque quizá el eterno retorno nietzscheano solo sea certero para lo más indigno de la persona, contradiciendo al imperativo categórico de Kant. A pesar de este pesimismo, la divulgación de la historia fiel, con el marchamo de auténtica y sin sobrecargas de falsedad o distorsión, es tan necesaria a una sociedad como el reparto equitativo, o cuanto menos, suficiente, de los recursos que permiten la supervivencia. Sea la divulgación en forma de sesudos tratados, de amenas difusiones o de narraciones históricas, que también son eficaces si están bien hechas, respetando la buena literatura al tiempo que se defiende la verdad. Verdad histórica esta que puede ser también la de aquellos normalmente ignorados por los discursos históricos académicos o universitarios. Esa infrahistoria, de la que hablaba don Miguel

de Unamuno, es la que aborda en su libro de cuentos *Templario y otros relatos* nuestro nuevo colega en esta Academia.

No olvidemos, por supuesto, su tarea poética. Porque nuestro historiador también es, o fue, se asegura, poeta. Un libro de poemas, la mayor parte sonetos, viene a avalar esa doble vertiente de historiador, donde debe ajustarse a la verdad, y la de lírico, terreno en el que el espíritu vuela libre cercano al cielo, sin arrastrarse por sujeciones. Ocurre, sin embargo, que aun siendo esa tarea poética obra de juventud, según dice López Nevot, debo declarar que quien cayó en un vicio, si es que tal puede llamárselo, indefectiblemente vuelve a él. Puede esto demostrarse en el reciente soneto que ha dedicado a la fuente que adorna el centro de nuestra ciudad y cuyos últimos versos dicen: “*Ácida claridad, día encendido, / el blanco gana todas las batallas*”, y en ellos casi se paladea esa luz sureña que nos ha prendado y sorprendido a cuantos por un motivo u otro hemos aterrizado en esta tierra procedentes de otra más septentrional. De modo que esperamos que, un día de estos, desempolve esas hojas que guarda en su cajón y podamos disfrutar de nuevos poemarios, lo mismo que disfrutaremos, a no dudar, de su novela ya acabada tras años de trabajo, y cuyo título provisional es *El estudiante caído*, novela de formación al tiempo que análisis de un tiempo histórico, el del ocaso del franquismo, que cada uno vivió a su manera o como Dios le dio a entender.

El mérito de José Antonio López Nevot es innegable, pues ha sabido extender a lo literario su tarea de historiador del Derecho y la de historiador a secas, pues la Historia es disciplina en la que un asunto trasciende hasta abarcar todos los asuntos que marcaron época. Demos, pues, la bienvenida, a esta institución, la Academia de Buenas Letras de Granada, a este letraherido, pues lo es además de su especialidad universitaria, y supone para mí un gran honor, en nombre de todos los compañeros miembros de ella, darle un pláceme de recepción. Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 4 de diciembre del año 2017, CXLII
aniversario del nacimiento en Praga
del poeta Rainer Maria Rilke, en Taller
de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXVII